

Relato de su vida

Olegario nace en Barcelona alrededor del año 1060, hijo del secretario de Ramón Berenguer I, con diez años lo vemos en la canónica de Santa Cruz y Santa Eulalia donde fue ofrecido por sus padres y donde pronto destacaría por sus estudios. Se ordenó sacerdote en 1093 y fue prepósito de la canónica. Pero deseoso de mayor perfección y de una vida retirada ingresa en la comunidad agustiniana de San Adrián del Besós, pero no contento con ello, en 1110 se refugió en el apartado monasterio de San Rufo, donde también sería nombrado abad. Tras la muerte en la cruzada del obispo de Barcelona, Ramón Guillem, el pueblo aclama a Olegario como nuevo obispo, encontrándose este casualmente en la ciudad condal, pero, al saberlo, huye apresuradamente a San Rufo. Sería el papa Pascual II quien, a instancias del conde, le obligue a aceptar el cargo. Sus deseos de una vida apartada no se contradicen con sus cualidades para el gobierno y su fama de santidad.

Encontrándose en una visita *ad limina*, el nuevo papa Gelasio II quedó maravillado de la unción de sus sermones y sus virtudes personales, nombrándole arzobispo de Tarragona, tras la expulsión de los árabes y cuando la ciudad había quedado prácticamente destruida. Se dedicó a la restauración de la sede metropolitana sin abandonar los cuidados de la diócesis de Barcelona. Participó en los concilios de Narbona (1118), Toulouse (1119), Lateranense (1123) y Clermont (1130). Además realizó una peregrinación a Tierra Santa. Falleció en 1137. Tras iniciarse los procesos de canonización en el s. XVII, el 25 de mayo de 1675 fue aprobado su culto. Su cuerpo incorrupto se conserva en la catedral de Barcelona en la capilla del Santísimo.

(Texto P. M. García Fraile)



El Papa Francisco reflexiona sobre el ministerio del Obispo

Quisiera decir algo sobre la cercanía, que es esencial para todo ministro de Dios y especialmente para los obispos. **Cercanía a Dios y cercanía a su pueblo.**

La cercanía a Dios es la fuente del ministerio del obispo. Dios nos ama, se hizo más cercano de lo que hubiéramos podido imaginar, tomó nuestra carne para salvarnos. Este anuncio es el corazón de la fe; debe preceder y animar todas nuestras iniciativas. Existimos para hacer palpable esta cercanía. Pero no se puede comunicar la cercanía de Dios sin tener experiencia de ella, sin experimentarla cada día, sin dejarse contagiar por su ternura. Cada día, sin ahorrar tiempo, debemos estar frente a Jesús, llevarle las personas, las situaciones, como canales siempre abiertos entre él y nuestro pueblo. A través de la oración le damos al Señor la ciudadanía dondequiera que vivamos. Sintámonos, como san Pablo, tejedores de tiendas (cf. Hch 18, 3): apóstoles que permiten al Señor habitar en medio de su pueblo (cf. Jn 1, 14).

Sin esta confianza personal, sin esta intimidad cultivada cada día en la oración, incluso y sobre todo en las horas de desolación y aridez, el núcleo de nuestra misión episcopal se desmorona. Sin la cercanía al Sembrador, el esfuerzo de sembrar la semilla sin saber el momento de la cosecha nos parecerá insatisfactorio. Sin el Sembrador, será difícil acompañar con paciente confianza la lentitud de la maduración. Sin Jesús, llega la desconfianza de que Él no llevará a cabo su obra; sin Él, tarde o temprano, uno se desliza en la melancolía pesimista de los que dicen: "todo va mal". ¡Es muy feo escuchar a un obispo que diga eso! Sólo estando con Jesús estamos preservados de la presunción pelagiana de que el bien se deriva de nuestra habilidad. Sólo

estando con Jesús llega a nuestros corazones la paz profunda que nuestros hermanos y hermanas buscan de nosotros.

Y de la cercanía a Dios a la cercanía a su pueblo.

Estando cerca del Dios de la proximidad, crecemos en la conciencia de que nuestra identidad consiste en hacernos cercanos. No es una obligación externa, sino una exigencia interna de la lógica del don. «Este es mi Cuerpo ofrecido por vosotros», decimos en el momento más alto de la ofrenda eucarística por nuestro pueblo. Nuestra vida brota de aquí y nos lleva a convertirnos en panes partidos para la vida del mundo. Por lo tanto, la cercanía a las personas que nos han sido confiadas no es una estrategia oportunista, sino nuestra condición esencial. Jesús ama acercarse a sus hermanos y hermanas a través de nosotros, a través de nuestras manos abiertas que acarician y consuelan; a través de nuestras palabras, pronunciadas para ungir al mundo de Evangelio y no de nosotros mismos; a través de nuestro corazón, cuando está cargado de la angustia y las alegrías de nuestros hermanos y hermanas. Incluso en nuestra pobreza, depende de nosotros que nadie perciba a Dios como algo lejano, que nadie tome a Dios como excusa para levantar muros, derribar puentes y sembrar odio. También es feo cuando un obispo derriba puentes, siembra odio o desconfianza, hace de contra-obispo. Tenemos que proclamar con nuestra vida una medida de vida diferente a la del mundo: la medida de un amor sin medida, que no mira a su propia utilidad y a sus propios intereses, sino al horizonte ilimitado de la misericordia de Dios.

La cercanía del obispo no es retórica. No está hecho de proclamaciones autorreferenciales, sino de disponibilidad real. Dios nos sorprende y a menudo le gusta trastocar nuestra agenda. (Discurso a un grupo de obispos. 12-09-2019)